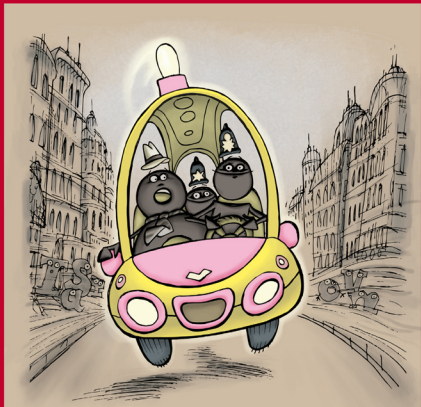




Asesinato en Letrópolis

YOLANDA GONZÁLEZ



edebé

Yolanda González

ASESINATO EN LETRÓPOLIS



edebé

© Yolanda González, 2011

© Ed. Cast.: edebé, 2011
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
www.edebe.com

Directora de la colección: Reina Duarte
Diseño gráfico de las cubiertas: César Farrés
© *Ilustraciones: Pedro Espinosa*

1.ª edición, marzo 2011

ISBN 978-84-236-9982-7
Depósito Legal: B. 31-2011
Impreso en España
Printed in Spain
EGS - Rosario, 2 - Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la Ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos — www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Índice

1. ¡Ooooooooooooooh!	9
2. Letrópolis	13
3. El inspector Ocho	21
4. La reunión mayúscula	33
5. El inspector Infinito	47
6. La agente Cuestión y la agente Coma .	59
7. Pies de letra	73
8. I. I. I. (o la triple «I»)	83
9. Mnsjs	97
10. La trágica historia de la «I»	105
11. Amor imposible	123
12. La ciudadela muda	153
13. Dúo Zanzíbar	181

14. Amor en Zanzíbar	199
15. ¿Bailas?	215
16. El vuelo del kô	237
17. <i>Konfesiones</i>	257
18. El valor de la pirámide	279
19. El estanque de los patos	313

Para Eva y Miguel.



1

¡Ooooooooooooooh!

El cielo de Letrópolis se cubrió de nubes de tinta negra y un silencio inquietante se apoderó de todo. Los habitantes de la tranquila ciudad de las letras no habían visto nunca un cielo tan negro, pero sabían muy bien qué significaba: había sucedido algo horroroso.

Las letras dejaron sus tareas y salieron a la calle. Siguieron la dirección de las nubes hasta llegar al Gran Parque. Allí, junto al Lago de los Errores, podía verse un cadáver: una línea larga, temblorosa; un trazo negro extendido sobre el suelo; un segmento sin vida. Las letras se miraban aterradas unas a otras, sin comprender. Los habitantes de



Letrópolis no morían... o al menos eso habían creído siempre. Pero estaba claro que aquel cadáver era de una de ellas, aunque no podían reconocerla porque la muerte se había llevado su nombre y su sonido.

—¡Ooooooh! ¡Es horroroso! —repetían tapándose los ojos.

—Es la «t» —dijo la «m»—. Le han arrancado los brazos, ha perdido el equilibrio y se ha caído al suelo.

—No, es una «l» aplastada —dijo la «s»—. La han tumbado de un golpe y le han pasado por encima.

—De eso nada —replicó la «l»—. Es una «d» o una «b», pero le han cortado la barriga. O la ha perdido haciendo régimen.

—Es imposible —dijo la «a»—, ninguna de las letras altas es tan alta. Es una «g» desenredada. La han estirado de la cabeza y de los pies, no hay duda.

Mientras las letras discutían sobre la identidad de la víctima, el inspector Ocho exa-

minaba el cadáver. Midió la longitud de la línea y la distancia que la separaba del Lago de los Errores, subió hasta la colina y calculó el recorrido desde su cima hasta el centro del cuerpo. Hizo fotografías, buscó huellas, recogió muestras de arena... Luego apoyó su gruesa barriga en el suelo para analizar con su lupa uno de los extremos del cadáver. Se desplazó lentamente hasta el otro extremo y repitió la operación. Se levantó, se balanceó a un lado y a otro y dijo con voz sentenciosa:

—No hay duda, se trata de la «O». El asesino utilizó un arma afilada, atravesó su cuerpo y realizó un corte seco en plena línea, por la parte superior del cráneo. Fue una muerte instantánea. El cuerpo se deshizo rápidamente y se desplomó sobre el suelo en cuestión de segundos.

Las letras abrieron mucho los ojos y de sus labios redondeados escapó un «Oooooooooooh» largo que pinchó las nu-

bes de tinta. Una lluvia negra y fina cayó sobre Letrópolis.

—Es horroroso —repetían—. Horro-rooooooooooso.

Fue así cómo los habitantes de Letrópolis supieron que la muerte no era algo que les sucedía solo a los humanos. Y en ese mismo momento, cuando la lluvia caía negra sobre las calles y jardines de la ciudad, empezaron a tener miedo.